

REENCUENTRO CON LA ESPAÑA CAMPESINA

EL "ZARAGOZANO"

Cuando por las tardes se lee en «Informaciones» el mapa de la contaminación que hace Manuel Tobaría; cuando sale en la televisión Mariano Medina hablando en términos aparentemente científicos, antes herméticos y ahora generalizados, cualquiera puede pensar que los Planes de Desarrollo han borrado de España las tradiciones populares del tiempo atmosférico, el refranero que relaciona a los santos con lluvias y pedriscos. Parece como si el país le fueran ya más familiares los anticiclones que las cabañuelas de agosto, que el español ya no es el machadiano que mira al cielo «con ojo inquieto, si la lluvia tarda», sino que llama al número de información meteorológica de la Telefónica.

Puede que en parte sea así. Pero cuando el otro día descubrí un ejemplar del «Calendario Zaragozano» de don Mariano del Castillo y Ocsiero expuesto en el escaparate de novedades de una librería andaluza, con los honores del último lanzamiento Barral-Lara de la «nueva novela española», empecé a pensar que las cosas, a lo mejor, eran de otra forma a como cualquiera pueda pensar. El librero, de entrada, me mostró una enorme pila de «zaragozanos» en una estantería. «Sí, los vendo todos; la gente sigue fiándose de Mariano del Castillo tanto como de Mariano Medina», me dijo. Así fue como me convertí en lector del «Zaragozano», para tratar de encontrar las claves supuestamente campesinas de este calendario popular.

¿Qué trae el «Zaragozano»? Poca cosa, hay que reconocer. Un «Juicio universal meteorológico», un «calendario con los pronósticos del tiempo», un «santoral completo» y con las connotaciones cívico-religiosas que después se dirán, una lista de «ferias y mercados de España», algunos pocos anuncios, casi exclusivamente de cursos por correspondencia para muy variadas promociones sociales: para ingresar en la Policía Armada o en la Guardia Civil, para aprender reparación de televisores, corte y confección por el Sistema Eva o poda del viñedo por el Sistema Palomar.

Todo está escrito en un tono, al mismo tiempo, mágico y científico, moscas que se suelen atar por el rabo con peor fortuna que en el «Zaragozano» en todos los intentos de aproximación a lo que se ha dado en llamar vagorosamente «los hombres y las tierras de España». El «Zaragozano» nos comunica datos útiles para vivir en el campo, pero absolutamente superfluos para habitar ochenta metros cuadrados en un suburbio

industrial de Barcelona o Madrid. Su ámbito se limita, y ahí radica su grandeza, a los que quedaron en el campo, a los que todavía se han resistido a la emigración. Pero no tengo, sin embargo, noticias de la venta rural del «Zaragozano», que aparece como un producto de consumo urbano, aunque por campesinos que van de compras o al médico. Un experto en mercadología encontraría sus principales puntos de venta en los alrededores de las estaciones de las ciudades españolas, en la buhonería del peine de plástico, la mecha para el yesquero y el forro de plástico para el carnet de identidad y la foto de la parienta.

La sementera y las velaciones

Este carácter campesino nos viene inicialmente dado por el «Juicio Universal Meteorológico-Astronómico para el año 1973», que abre la edición sobre la que hemos trabajado, Impresa, por cierto, en Madrid, en los talleres de un gran diario nacional. En este «Juicio» se ofrecen las predicciones del tiempo útiles para el campo, a grandes rasgos, mes por mes, predicciones que serán después ampliadas en los pronósticos lunares del calendario.

La ambigüedad es paralela a la de los comentaristas meteorológicos de los medios de difusión, aunque afortunadamente exenta de cualquier tufillo científico y agarrada, por el contrario, en lo castizo. Así sabemos que enero será «anubarrado y revuelto» lluvioso, pero no en demasía, aunque sin con (sic) frecuencia, y de frío intenso». Las alusiones al campo se repiten en la predicción de cada mes: febrero será «nada propicio al renacimiento y prosperidad de los campos; mayo será lluvioso y «de buen temple» (parece que habla el hombre del casino provinciano), «aunque mucho menos de lo que las necesidades de la agricultura requiera». El «Juicio Universal» se aventura a decir que agosto será «de verano riguroso». Mientras que octubre será «de buenas condiciones para las necesidades del campo», diciembre será «desfavorable al campo». Campo y salud vienen a menudo confundidos, igual hay que mirar por ellos; así, de algún mes, tras señalarse que no será de buen temple, se añade que «ni tampoco bueno para la salud», augurio que temerán cuantos observan las tradiciones mágicas del reuma.

CALENDARIO

ZARAGOZANO



EL FIRMAMENTO

PARA TODA ESPAÑA

1973

ES EL CALENDARIO DE MAYOR CIRCULACION



DON MARIANO CASTILLO Y OCSIERO

SUMARIO:

JUICIO UNIVERSAL METEOROLOGICO. CALENDARIO CON LOS PRONOSTICOS DEL TIEMPO.

SANTORAL COMPLETO. FERIAS Y MERCADOS DE ESPAÑA.

5 PESETAS

PEIDIOS: ADMINISTRACION DEL CALENDARIO - ADUANA, 17 - MADRID-14

Desde este tratamiento empírico de las condiciones de la sementera y la cosecha, en el que se adivina el arrastre cerealista de las tradiciones campesinas, todo se vuelven científicimos para enumerar los eclipses del año. Y otro salto: junto a la aseveración de que «el valor de la máxima fase es de 0,604, tomando como unidad el diámetro del Sol», al hablar del eclipse del 24 de diciembre, vienen las fechas de las fiestas litúrgicas móviles, muy preconcliamente (primera dominica de Adviento, 2 de diciembre) y las temporadas. Y algo insólito, como la siguiente información para las casamenteras de todos los pueblos de España, de especial utilidad para segundas nupcias y vergonzantes bodas de tapadillo:

«Velaciones.—Se cierran: 6 de marzo y 1 de diciembre. Se abren: 23 de abril y 26 de diciembre».

Habla popular

El calendario de don Mariano del Castillo dedica las más de sus páginas a la exposición de un calendario en el que nada falta. Luna por luna, se amplían en él las predicciones meteorológicas, en las que siguen uniéndose términos científicos y populares. Así, en la luna menguante de enero, «continuará dominando el temporal de NO.», pero «con algunos ramalazos de nieves y granizos en ciertas zonas, lluvias en otras, insuficientes para remediar la aridez que, en general, se dejará sentir en el campo». Hay todo un lenguaje campesino en las predicciones, que alcanza a veces ciertas dimensiones de belleza literaria. Así, en la luna nueva de agosto: «Continuará el cielo, aunque turbio y blanquecino, despejado y ca-



ANTONIO BURGOS

lentando el sol extraordinariamente; vientos variables, con algunos amagos de tormenta...».

En la luna llena de diciembre: «El cielo acabará por encapotarse y lloverá y nevará».

Hay toda una descripción naturalista para la luna nueva de septiembre:

«Calmados los vientos, volverán días lluviosos, quedando, al fin, un buen tiempo de otoño, con un cielo algo mudable, claro unos días y nublado y con profusión de lluvias otros, pero siempre bonancible». Y se añade una frase impresionista para describir el posible paisaje: «En las cumbres, nieves».

Para mí que el éxito del «Zaragozano» en los pueblos de España se debe en gran parte a esta utilización del habla llana para sus predicciones. No hay lenguaje campesino que no logre belleza cuando se refiere al tiempo que va a hacer o que hace. Recuerdo lo que me escribía un otoño aquel viejo aldeano de un lugar de la sierra de Huelva, Las Veredas, al mandarme las castañas de lo suyo como regalo de «tosantos»: «Por aquí el tiempo lo tenemos lluvioso». La identificación habla-libro es, pues, perfecta. El «Zaragozano» habla como los viejos campesinos que hablan como un libro. Y ese libro para los campesinos es el «Zaragozano».

Un santoral nacionalizado

Es perfecta también la adecuación del santoral a los deseos de

la audiencia. El «Zaragozano» nos da un santoral nacionalizado, aplicado a las necesidades mágicas de los pueblos, a sus costumbres religiosas. No hay santo que no se relacione con un patronazgo local: Santo Domingo de la Calzada, patrón de Calahorra; San José, esposo de la Santísima Virgen, pero —sobre todo— patrón de San Fernando; Santa Marta, virgen, patrona de Astorga, o incluso se cita un San Bernardo que podría ser esgrimido en un momento dado ante el Comité de los Veinticuatro, ya que es, en una sola pieza, «patrón de Gibraltar y Algeciras».

El santoral del «Zaragozano» informa también de los males en los que los santos muestran especialmente sus favores. Así, se habla de San Benito, abogado contra el mal de orina; San Lázaro, abogado de las quemaduras; San Manuel, abogado contra el mal de costado; San Fermín —el que todo lo ve—, abogado contra la hidropesía. Males que no son exclusivamente enfermedades humanas, porque hay un San Pantaleón que es abogado contra la langosta, o un San Lorenzo, patrón de Huesca, abogado contra los incendios. El «Zaragozano» descubre raros aspectos del santoral español, como que San Ignacio de Loyola (parte de fundador de la Compañía de Jesús) es abogado contra las calenturas, o nos recuerda que el cordobés arcángel San Rafael es abogado de los caminantes. Hay incluso variantes locales que no escapan al calendario cuando, por ejemplo,

señala que el 31 de diciembre se celebra, en Valencia, el día de Nuestra Señora de la Leche y del Buen Parto.

De unos tiempos de determinado fervor ya superados, quedan en el calendario, junto a vírgenes y mártires y santos patronos de pueblos y ciudades, proliferas menciones a efemérides cívico-militares. Sorprende la puntualidad con que se recuerdan hechos de la guerra civil: 26 de enero, aniversario de la toma de Barcelona; 8 de febrero, aniversario de la toma de Málaga; 22 de febrero, aniversario de la reconquista de Teruel. En marzo están el 28, aniversario de la toma de Madrid, y el 29, aniversario de la toma de Valencia; en abril, el 1, aniversario «del fin de la guerra» (de la guerra por autonomía en el lenguaje español del «Zaragozano»); el 3, aniversario de la toma de Lérida; el 19, aniversario del Decreto de Unificación. El 2 de mayo es señalado como «aniversario de los primeros mártires de la Independencia española». En junio se celebran el aniversario de la toma de Castellón, el día 13, y el de la toma de Bilbao, el 20. En julio, el 18 es simplemente «Día del Alzamiento» para el calendario; el 19, «día de la Revolución Nacional»; el 22, aniversario de la toma del Alto de los Leones de Castilla, y el 29, de un hecho bélico hasta ahora tan poco destacado en las historias como la toma de Huelva.

Y siguen las efemérides. En agosto, el día 5 es el aniversario

del desembarco de las tropas nacionales en Algeciras; el 14, de la toma de Badajoz; el 25, de la toma de Santander. En septiembre se celebra, el día 5, el aniversario de la toma de Irún; el 13, de la toma de San Sebastián; el 27, de la toma de Toledo. La última efeméride es en octubre, el 17, «aniversario de la liberación de Oviedo».

(Destaca la utilización de un lenguaje popular en la recordación de estos aniversarios. Siempre se dice «toma» a la conquista por las armas de una ciudad, según la segunda acepción académica de una palabra que tanto circuló por la llamada zona nacional en días de campanas, «Tedúms» y desfiles. Solamente una vez se usa el término oficial «liberación», cargado de un determinado sentido político, y aplicado a una ciudad nimbada de tópicos revolucionarios para la conservadora mentalidad campesina: Oviedo. Para Teruel se utiliza «reconquista» y se omite, naturalmente, el aniversario de la primera «toma».)

Llegamos en estas consideraciones léxicas al final de nuestro enfrascamiento con la obra de don Mariano del Castillo, que termina con una relación de «Ferias y mercados de España», en un tiempo en que ya apenas quedan tratantes de varas de chupón y cadenas de oro. De nuevo el arraigo campesino. Porque las ferias que se relacionan no son, en absoluto, certámenes de muestras, más o menos luso-iberoamericanas y algo filipinas. Tampoco son mercados de maquinaria agrícola, que, según informa puntualmente Televisión cada mediodía, ya los hay por muchos pueblos como remedos locales de las ferias de muestras ciudadanas. No, son las tristes y olvidadas ferias de los pueblos, con su mercado de ganado y su baile en la caseta de los señores. O al menos, las más sonadas ferias, clasificadas por regiones históricas: Andalucía, Aragón, Asturias, las dos Castillas, Extremadura, Valencia, Galicia, León, Murcia y Albacete, Navarra. Para Galicia concretamente, la enumeración del «Zaragozano» es exhaustiva: ferias de todos los meses en días fijos, ferias de los primeros domingos de cada mes, ferias de una fecha determinada al año.

Cerramos las páginas en papel posteta del «Zaragozano», pero no hay que dejarlo a trasmano, para poder saber, en un momento en que nos duela el costado, cuándo es la fiesta de San Manuel; o para recordar cuándo se cumple el cabo de año de la toma de Huelva, o cuándo tiran cohetes en Astorga por la fiesta del patrón. Y, sobre todo, para saber del lenguaje, de las creencias, de las frustraciones, de las esperanzas de una España que todavía no ha emigrado, para reencontrarnos con la España campesina. ■